



# QUIJOTE EN EOLO

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS



GRAN  
ANGULAR

# Quijote en Eolo

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS



Primera edición: agosto de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Marta Mesa  
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Daniel Hernández Chambers, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9437-9

Depósito legal: M-14537-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**PRIMERA PARTE**  
ANTES, CUANDO EL CIELO ERA AZUL

Miré a través del cristal dentado de la ventana del pasillo del tercer piso y vi a Octubre en el rectángulo del patio, realizando su ritual de todas las semanas. Estaba inclinada hacia delante y su cabellera rubia colgaba hasta el borde de un cubo de plástico azul lleno de agua y espuma. Llevaba unos pantalones vaqueros que ella misma había cortado por encima de las rodillas y una camiseta sin mangas que tal vez había sido blanca en su día, pero ahora estaba salpicada de manchas de todos los tamaños, sustancias y colores imaginables. Con parsimonia, como si el tiempo no existiese, se iba lavando el cabello, ignorando el frío, que la atenazaba, y mi mirada, que la espiaba.

Desde hacía dos años no me quedaba más que espiarla. Yo había echado a perder nuestra amistad y ella no parecía dispuesta a perdonármelo. Durante aquellos dos años, cada vez que nos cruzábamos, ella desviaba la mirada, cambiaba de dirección, aceleraba el paso, hacía como si no oyese mi saludo. Y yo me había visto obligado a conformarme con mirarla, con espiarla en momentos como aquel, cuando se lavaba la cabeza o cuando colgaba la ropa en el balcón de su apartamento. No había nada más entre ella y yo aparte de esas miradas a escondidas. Ya no.

Casi todas las chicas de su edad se cortaban el pelo a lo chico y se vestían con ropas masculinas con las que pretendían ocultar sus atributos. Octubre se había negado a deshacerse de su melena, aunque la disimulaba bajo un gorro de lana cuando salía de casa, porque de lo contrario su cabello amarillo hacía las veces de faro en mitad de la noche, y eso era peligroso. A partir de los catorce años, incluso de los trece, muchas chicas eran reclutadas a la fuerza para trabajar en la zona roja; otras, simplemente desaparecían. Y Octubre estaba a punto de cumplir los quince.

Igual que yo.

Si algo la había librado de eso era su destreza en los túneles y la confianza que Togo tenía en ella. Muchos no se atrevían a bajar, pero ella lo hacía una y otra vez, y siempre regresaba a la superficie, a diferencia de no pocos de sus compañeros en la banda de Togo, que bajaban y no volvían a subir. Los rumores decían que se extraviaban o que los habitantes del subsuelo, los lombrices, los devoraban.

Nuestros bloques estaban unidos por un muro de tres metros de altura cubierto por una enredadera, y la ventana de mi cuarto, en el tercer piso, quedaba a unos ocho metros de la suya, en el segundo, así que nuestra infancia había estado repleta de saludos por las mañanas y despedidas por las noches, de conversaciones por señas de ventana a ventana, de secretos compartidos. Todo eso se había perdido dos años atrás.

No había luz ni agua corriente, ni casi vecinos. Éramos huérfanos del Imperio. Octubre y yo. Y el resto de los que vivían allí.

Me aparté de la ventana y descendí hasta la planta baja para salir al patio. Hice ruido a propósito, para que Octubre no se asustara. Si alguien hacía ruido al acercarse por detrás, es que no suponía ningún peligro. O que era muy torpe, lo cual venía a ser lo mismo.

Llevábamos dos años sin hablarnos, hasta hoy.

—Mañana bajaré contigo —dije.

Durante un largo minuto no respondió. Siguió frotándose la cabeza con el agua enjabonada.

—Ya me han avisado —confirmó al fin.

Yo llevaba meses intentando entrar en alguna de las cuadrillas de Togo, pero él siempre me había rechazado sin ofrecerme una buena explicación. El día anterior, sin embargo, había enviado a uno de sus mensajeros a buscarme, un retaco escuálido y rapado que ceceaba al hablar y tenía los dientes amarillos de mascar malaco.

—Togo pregunta si todavía quieres bajar a los túneles.

Le dije que sí.

–Eztáz dentro, entonces. Pazado mañana, al amanecer.

–¿Por qué ahora? –le pregunté, pero el retaco se encogió de hombros. Las razones de Togo, si acaso existían, quedaban muy lejos de los intereses de aquel renacuajo.

–No haz bajado nunca, ¿no?

–No. ¿Y tú?

–Ni pienzo. Prefiero vender mi zangre en loz muellez.

Viendo su aspecto enfermizo, era fácil imaginar que ya lo había hecho en alguna ocasión.

El niño se hurgó con un dedo en la nariz y repitió:

–Al amanecer, pazado mañana.

–¿Con quién?

–Octubre. Octubre ziempre acompaña a loz novatoz.

–Vale. Dile a Togo que allí estaré.

–Zi faltaz, ze enfadará.

–No faltaré.

–Tú conoces los túneles como nadie, ¿verdad? –Octubre no dijo nada–. Por eso haces de guía a los nuevos, ¿no?

De espaldas a mí, Octubre asintió. Se acababa de erguir y su melena mojada chorreó sobre su camiseta. Hacía mucho frío, pero ella no parecía sentirlo. A veces, observándola con disimulo, pensaba que era incapaz de sentir nada.

–¿Sabes por qué Togo ha cambiado de opinión? Quiero decir... hasta ahora siempre se había negado a aceptarme. Y esta vez ni siquiera he ido yo a preguntarle.

–Ha perdido a una cuadrilla entera –contestó Octubre. Su voz me resultó extraña. Llevaba demasiado tiempo recordando su cadencia, rememorando algunas de nuestras conversaciones cuando se iba el sol y la oscuridad se extendía sobre el barrio, y al oírla me sorprendieron los cambios que se habían producido en ella. Era más grave, oscura de algún modo. No sé si las voces pueden ser oscuras, pero la suya lo era.

–¿En serio? ¿Cómo?

–Tenían que haber regresado ayer por la mañana. Pero no ha vuelto ninguno de los que bajaron.

–¿Ninguno?

–Tú y yo iremos a buscarlos. A no ser que aparezcan antes.

–Ya. –Ella seguía sin mirarme. Se había agachado de nuevo y se escurría el pelo. Yo no podía apartar mis ojos de su figura–. ¿Y si vuelven?

–Eso tendrás que hablarlo con Togo.

–Me dejará fuera otra vez. Si aparecen los de esa cuadrilla, me cerrará las puertas.

–Puede. Tendrás que hablarlo con él.

–¿Por qué no le gusto? ¿Lo sabes tú?

–Le gustas a poca gente, Nemo. –Ahora estaba enrollándose una toalla en la cabeza, pero al decir aquello, por primera vez sus ojos me miraron un instante. Solo un instante.

Eso era cierto. Por alguna razón que se me escapaba, mucha gente me rehuía. Casi todos. Octubre había sido de los pocos que no lo hacían, hasta que había empezado a hacerlo. Pero ella tenía un motivo, los demás no, al menos que yo supiera.

–¡Eh, Nemo! –me llamó la voz cascada del viejo Tobías. Me volví hacia él; estaba en la entrada del callejón–. ¿Puedes venir y echarme una mano un momento?

–Mañana nos vemos, Octubre –dije.

–No tardes o me iré sin ti.

El desprecio que creí percibir en sus palabras me dolió de la misma forma que sus dos años de silencio.

Comencé a caminar hacia el viejo, que me sonreía. Él era el único que siempre me sonreía.

Aparte de Tobías, ninguno de los mayores se había tomado la molestia de contarme lo ocurrido. Quizá porque nadie lo sabía con certeza, o puede que porque ya no importaba, porque no había vuelta atrás.

Un silencio y una guerra. Eso era todo. Los motivos, los porqués, eran algo que ignoraba. Las consecuencias, el resultado, eso sí lo conocía. Porque yo era parte de ese resultado. Vivía en ese resultado.

Sobrevivía.